

y no reo, ese á quien rodeábais para castigar con afrentoso suplicio por un crimen, que resulta acto de verdadera virtud que la justicia de Dios hubie-
ra premiado con una corona de estrellas en el cielo.

Inútil decir cuanto pasaria despues de esta escena. El reo fué nuevamen-
te conducido al Barghelo, y tras una investigacion que confirmó punto por
punto el relato de Stella, rehabilitado en su honor y devuelto á la libertad.
El padre de la hermosa jóven, que deseaba yerno valeroso y heróico, no
pudo encontrarlo mas á medida de su deseo. Florencia comentó el hecho
y lo grabó entre los mas extraordinarios de sus maravillosos anales. Y de
este amor tuvo en su alma algun fuego el artista Filippo Lippi, y de este
matrimonio alguna sangre tuvo en sus encendidas venas.

honor al suyo, y dándose por su vida la muerte.
— Stella!
— Hugo desparecido.
— Que quieres? Dijo ella. Que te he de decir si solo al sepulcro, que no
puedo humanamente hacerlo. Ya que quieres por mi muerte no contes-
tiparás dos horas que si hay tiempo, somos dos criminales. Muere
nos contentes, con tal que despues de muertos nos eñterren en el mismo
tumba, unico talamo prometido á nuestras castas bodas.
Al impulso de estas exortaciones, dichas con suprema incertidumbre y
con elocuencia arrebatadora, todo el mundo habia quedado en silencio.
— Si yo os digo la noche en que lo pretendisteis, si digo que fue al bajar
de mi casa, si os pongo con una carta suya que al bajar esas escalas, no
lo escalo por colicida, sino por amor, y cuando ya me iba á bajar, por
que no habia tenido ninguna satisfacción ni de la vida, ni de la muerte,
sentimiento de mi padre y de la vida, y de la vida, y de la vida, y de la vida,
de que estaba ante un inocente, y devolviese la vida y la vida, que tanta
perdida por el nombre y el honor de su esposa. Si os pongo al bajar de mi
escalas, conducido al Barghelo, ya veis como salvó mi vida, y como me
lastose de haber y de sereno para no sereno de amar. Pues amara en
a mi lado habia pasado la noche, en el silencio de esas bodas, y como
dos y Dios del cielo, y entre momentos de esas bodas, cuando habia pro-
bado por actos heroicos que en digno de entrar en la familia, y que
pretencido, encubierta por un acto como mi padre. Ahora ya veis la
habia del reo que llevaba á la hora y la hora y la hora, y la hora, y la hora,
muerto. Si algun complice tiene, vedlo, y si no, y si no, y si no, y si no,
tanto al verdugo, que debe colgarlo de la misma horca, y sereno como
de la misma muerte. Pero premio merecido, y no premio de joven amoroso
que pretiere el deshonra de su dama en propio deshonra y la muerte. La
ra sea de nuestra Republica, orgullo de su tiempo, ejemplo de los tiempos,
los, modelo de gentiles-hombres, compendio de sentimientos capalarescos.

CAPITULO XII.

De como no están solamente en el purgatorio las almas en pena.

Volvamos al relato de nuestra historia. Cuanto mas se acercaba el ins-
tante de su boda, mas clara veia Lucrecia su completa imposibilidad. Para
una alma tierna ni hay dicha como el matrimonio nacido de un amor ver-
dadero, ni hay desdicha como el matrimonio impuesto por la fuerza. El
humano albedrío se estrella en el mas rebelde y voluntarioso de nuestros
órganos, en el corazon. Las meditaciones profundas y reflexivas no alcan-
zan imperio alguno sobre sus latidos; porque de un solo arranque derriba
todo un sistema. En la mujer, con especialidad, predomina aquel elemento,
que llaman los escolásticos vida afectiva, sobreponiéndose á la vida intelec-
tual y social. Pues la vida afectiva, debe nutrirse de afecto. Y el mayor
suplicio á que puede condenarse un alma apasionada es á fingir la pasion
por excelencia sincera, á fingir el amor. Así es que Lucrecia veia su exis-
tencia concluida y deseaba encerrarse en el panteon propio de su desgracia,
en el frio seno de un convento. En otra época menos cristiana seguramen-
te se diera á sí misma la muerte. Mas, ya que no puede abandonar la vida,
prefiere rusueltamente á contraer su matrimonio, abandonar el mundo. A
la verdad todo es preferible á prestar el homenaje de la vida al ser á quien
desama el corazon. Aquellos que tienen otras compensaciones á la pasion
avasalladora por excelencia, el reposo de la contemplacion y del estudio ó
el empleo en la guerra y en el trabajo; los que pueden esplayar su ánimo
por los senos de la vida pública, rica en accidentes, que despiertan variadas
emociones; renuncien de grado al amor, si les place, ó se resignen á un hogar
frio y triste donde haga el deber oficios de pasion; pero la ternura, la deli-

cadeza, la sensibilidad de las mujeres, movidas todas del sentimiento por excelencia creador y al goce de ese sentimiento consagradas; no pueden renunciar á su único mundo, á su único cielo sin que crean renunciar también á la posesion misma de su alma.

Lucrecia se volvía á cada paso en sus largas y solitarias meditaciones hácia la sombra de su implacable padre y le mostraba como el sentir es independiente de la voluntad humana. Algunas veces, en su presencia misma solía arriesgarse hasta deslizar semejante reflexion, de todo punto incontestable. Pero el padre, resuelto á sacrificarla en aras de su ambicion y deseo de verla bajo los artesonados y entre las sombras de los castillos señoriales como una reina, decíale que si el sentir no está en nuestra mano, está de seguro el consentir. Así le importaba poco la mayor ó menor intensidad de los sentimientos de su hija, con tal de recabar su consentimiento, siquier fuese verbal, á la proyectada boda. Al chocar con semejante invencible resistencia, Lucrecia se deshacía de dolor, en tal manera que llegaba tristemente á la desesperacion. Sus ojos eran fuentes de lágrimas. Creyendo que la felicidad y la desgracia vienen del cielo, como la luz y las tinieblas, imprecaaba hasta el cielo mismo en los momentos de mayor pena por haberla dejado abandonada á este naufragio. ¿Para qué gustar la vida, decia, si ha de acompañarla este dolor, cuya sombra sube desde la lumbre de los ojos hasta la lumbre del sol, envolviendo el alma y el universo? Desde el mas rudimentario instinto orgánico hasta el mas sublime pensamiento; desde la inclinacion irresistible á conservar la vida, que nos confunde con los séres inferiores, hasta la idea que con Dios nos confunde; desde el sentir hasta el querer, y desde el querer hasta el pensar; todas las facultades y todas las potencias de su alma y de su cuerpo necesitaban como primera condicion de existencia un amor espontáneamente sentido y pagado con espontánea correspondencia.

Nada hay tan hermoso como vivir. Todo en la vida nos regocija, así el calor primero de la existencia, como la esperanza de que ese calor se dilate y dure por largos años. El planeta á que pertenecemos, siquier esté erizado de espinas; la atmósfera que respiramos, siquier contenga tempestades y pestes y huracanes; desde la vívida luz hasta las tristes sombras del sueño, todo nos complace, porque en todo sentimos la mas grata entre nuestras satisfacciones, la satisfaccion de vivir. La naturaleza ha sido tan pródiga y solícita que ha puesto en nuestro sér movimientos mecánicos, instintos invencibles, ciegos ímpetus; los cuales nos avisan de todo peligro y nos salvan de las infinitas asechanzas con que nos persigue y nos cerca la muerte, emboscada en cada uno de los minutos del tiempo y de los puntos del espacio. Así es que una criatura deseosa de la muerte bien puede llamarse una criatura infeliz. Nos repugna esa negra araña que coge en sus sucias patas desde nuestro corazon hasta las apartadas estrellas. En esta atmósfera, á la vista

del cielo, respirando el aire embalsamado, con la armonía de todos los rumores en los oídos, con la vívida luz en el globo de los ojos, el calor de la vida universal, sintiendo la circulacion tranquila de la sangre y respirando el aire que mantiene las combustiones de nuestro pecho, sostenidos por el amor, exaltados por el arte, ejerciendo esa divina facultad del pensamiento que nos relaciona con lo infinito, en todas estas expansiones de nuestro sér, no alcanzamos, sobre todo si la juventud nos sonrie, como puede apagarse tanta lumbre y caer este cuerpo animado de esperanzas inextinguibles en la fosa del silencio y del olvido, para ser pasto vil de los frios gusanos engendrados por la sucia podredumbre. El saber que hemos de morir, ha dicho un sabio, entristece mas al ánimo que el acceso mismo de la muerte. Y sin embargo hay momentos de la vida en que nos parece dulce y amable y consoladora la paz eterna del sepulcro.

En uno de estos momentos se encontraba Lucrecia. Parecíale el morir la única solucion al problema de su matrimonio y el único desenlace á la tragedia de su existencia. El corazon humano se mueve al embate de encontradas olas: que todas las cosas creadas se engarzan por necesidad en la contradiccion. Vigilia y sueño, movimiento y reposo nuestra vida diaria; error y verdad nuestra ciencia; luz y sombra nuestras artes; placer y dolor nuestra actividad, el ejercicio y empleo de nuestras facultades, el desarrollo de nuestro sér. Por consiguiente, así como mezclamos con los instintos mas ciegos las ideas mas universales, con la hermosura la fealdad, con las groserías de la realidad las puras creaciones del arte, mezcladas también con las risas las lágrimas en las grandes contradicciones humanas. No es mucho pues que en el exceso mismo de su vida, en la ebullicion de sus sentimientos, en la flor de su juventud, Lucrecia llegara hasta el deseo de la muerte. Figúrase, fantaseando su existencia en esos momentos en que el alma suele darse á soñar, casada con el hombre elegido de su corazon y le parecia perfecto su estado; anticipaba la realidad, figurándose casada con el hombre á quien desamaba, y tal estado le parecia de una imperfeccion tan irremediable que, una vez caída en él, no creia posible rehabilitarse á los ojos de la propia conciencia. Lo principal en todo verdadero goce, la propia estimacion le faltaba desde el momento en que se persuadia de la imposibilidad de toda perfeccion en su sér oscurecido por una sombra tan espesa y tan grande como el matrimonio sin amor. De aquí una resolucion incontrastable, la resolucion de que ningun mortal, por fuerte que fuera, le arrancase un consentimiento repulsivo á su voluntad, á su amor, á su razon, á su conciencia.

Lucrecia no sabía á quien amaba. Y por tanto no encontraba en su amor indeciso y misterioso la fuerza que hubiera encontrado en un amor correspondido y cierto. Pero, si no sabía á quien amaba, sabía á quien desamaba con desamor de todo punto invencible. Y desamaba al gran señor Guido,